



LA FIGURACIÓN DE LA NATURALEZA Y LO INDÍGENA EN ESQUEMAS PARA UNA ODA TROPICAL DE CARLOS PELLICER

Juan Carlos Torres López

El motivo de la naturaleza y las frecuentes descripciones sobre aquella dentro de la obra poética de Carlos Pellicer, forman la columna vertebral de ésta. Sobre todas las cosas, es de la mayor importancia para el autor la zona del trópico, aún más que cualquier otro paisaje del mundo. Es la zona tórrida para Pellicer lo que fue, de cierta manera, para Cristóbal Colón, quien en su evidente fracaso por encontrar la ruta a Oriente, se atrevió a asegurar, de corazón quiero pensar, que si no había encontrado riqueza material, al menos sí había encontrado el paraíso terrenal. En la mente de Pellicer, el trópico representa la divinidad misma, el poder del Supremo plastificado en la naturaleza.

Por otra parte, el poeta también vivió el momento más álgido del indigenismo en México. Durante la primera mitad del siglo XX, el indigenismo en la literatura mexicana era manifiesto y abundante. Había dejado ya la mera explotación exotista del indio para conformar una literatura indigenista que tratase de reproducir los aspectos sociales y psicológicos de éste de una manera más acertada. La literatura indigenista dejaba atrás los temas del romanticismo mexicano del siglo pasado. En su obra literaria, por lo tanto, se aprecian los conocimientos de las culturas precolombinas y su filosofía. En literatura, el indigenismo muestra su primer eslabón con la novela *Jicoténcal*, de 1826, atribuida al cubano José María Heredia. Será Pellicer uno más de los que retomen este movimiento, pero él lo hará desde la poesía.

Estos conocimientos son evidentes en uno de los poemas más representativos del autor, *Esquemas para una oda tropical*, de su poemario llamado *Hora de junio*. En este poema Pellicer se introduce en el simbolismo, y a través de la palabra, trasciende el sentido a conceptos mayores sobre la naturaleza y la filosofía indígena. Desde el título de este poema, el autor nos advierte sobre un esquema, es decir, la existencia de un boceto o estructura, en el mejor sentido, que dará forma a esta oda del trópico. En las primeras estrofas de su poema dicho esquema será expuesto por

medio de una invocación a los cuatro rumbos, que dentro de la cultura náhuatl representan toda la espacialidad de mundo en el plano horizontal: el plano que corresponde a lo terrenal (*tlalticpac*) y a lo mortal. Este esquema cuadrangular se mantendrá durante toda la oda.

La oda tropical a cuatro voces
ha de llegar sentada en la mecida
que amarró la guirnalda de la orquídea.

Vendrá del Sur, del Este y del Oeste,
del Norte avión, del Centro que culmina
la pirámide trunca de mi vida.

De esta manera, forma una estructura de cuatro puntos. Después, hace referencia a una pirámide trunca, de la cual si recordáramos el concepto de pirámide, éste implica una base cuadrada que termina en punta. Sin embargo, las pirámides precolombinas, comúnmente llamadas así, no terminan en punta, sino que permanecen truncas. La referencia de Pellicer es a un recinto sagrado prehispánico, con lo que tenemos una imagen que consta de cuatro puntos formados por las aristas de la pirámide y los rumbos cardinales, y el centro representando la cima trunca de la pirámide. La importancia de los rumbos y la base cuadrangular es evidente al poner los nombres de los rumbos en mayúsculas sin ser nombres propios.

Dentro de la cultura náhuatl, la estructura de cinco puntos, uno en cada esquina de los rumbos y el quinto en el centro constituyen el quince (*quetzalxomulli*) que en astronomía representa cinco ciclos de Venus (2, 922 días), tiempo que debe pasar para que el ciclo venusino y el ciclo del año trópico terrestre se vuelvan a alinear, fenómeno que ocurre cada ocho años. Por otra parte, en un aspecto filosófico, Venus representa a Quetzalcóatl dentro de sus dos facetas: el Señor de la Aurora (*Tlahuizcalpantecuhtli*) cuando aparece al amanecer en el día, y el Gemelo o Acompañante (*Xolotl*) cuando aparece en el atardecer y la

noche. Así pues, Carlos Pellicer está haciendo alusión a Quetzalcóatl, dios que se convirtió en la máxima representación de la sabiduría en Mesoamérica y en el imaginario actual de la América central.

Yo quiero arder mis pies en los braceros
de la angustia más sola,
para salir desnudo hacia el poema
con las sandalias del aire que otros poros
inocentes le den.

A la cintura tórrida del día
han de correr los jóvenes aceites
de las noches de luna del pantano.

Pero el autor hace manifiesto su conocimiento no sólo de las antiguas religiones, sino de hechos históricos. Si reflexionamos sobre los versos anteriores no es arriesgado pensar que Pellicer nos está hablando de aquel esforzado guerrero y último gobernante de la ciudad de México Tenochtitlan, Cuauhtémoc, al cual la avaricia y miseria del género humano fueron los móviles para que le quemaran los pies. Con esto, Pellicer presenta un tema más dentro de su poesía que sería la perspectiva histórica del México antiguo.

En la siguiente estrofa se describe un ritual religioso donde resalta el elemento de la danza como una de las principales actividades dentro de esta ceremonia, situación que coincide con la realidad histórica de los rituales precolombinos. Acto seguido se ilustra la adoración de una imagen en el “reposo estatuarios” ejecutada por la misma devoción “la voluntad medida en el instante”.

La esbeltez de ese día
Será la fuga de la danza en ella,
La voluntad medida en el instante
Del reposo estatuario,
El agua de la sed
rota en el cántaro

Más adelante el autor hace de nueva cuenta una evocación de la naturaleza acompañada del esquema de cinco puntos (*quincunce*), representación de Quetzalcóatl. En un destello más de conocimiento de la mitología indígena, Pellicer hace referencia al viaje mítico de Quetzalcóatl al *Tlillan Tlapallan* (lugar de la tinta negra y roja), el cual culmina con el retoño de la naturaleza, posible recomendación del autor para emprender el viaje de regreso a ella. Si recordamos el mito azteca sobre la huida de Quetzalcóatl, el dios adverso de la “serpiente emplumada”, Tezcatlipoca, engaña al héroe cultural azteca y lo embriaga, hace verse en un espejo a Quetzalcóatl

quien bajo los influjos del pulque se ve anciano. Tezcatlipoca le ordena “conócete a ti mismo” (*ximixmati*), y más que sentirse avergonzado por su reflejo, se da cuenta de la realidad del hombre, de su condición mortal y que sabe que va a morir. Entonces emprende el viaje hacia el oriente. Este es el momento de la separación del hombre y la naturaleza por medio de la conciencia, desde la perspectiva de los aztecas. El viaje hacia el oriente de Quetzalcóatl simboliza el retorno a la naturaleza, a la inconciencia del mundo natural. Esta idea correspondería y justificaría un poco la frecuente aparición de la naturaleza en la poesía de Carlos Pellicer.

El deseo del viaje,
siempre deseo sería.
Del fruto verde a los frutos maduros
las distancias maduran en penumbras
que de pronto retoñan en tonos niños

En las siguientes estrofas el autor continúa con la descripción de la naturaleza y muestra su condición absoluta, donde alcanza cualquier rincón del mundo, incluso en las ciudades más urbanizadas se encuentra presente: “En la ciudad entre fuerzas automóviles / los hombres sudorosos beben agua en guanábanas”. Es manifiesta, también, su capacidad de inmanencia por todos los siglos. La cualidad eterna de la naturaleza la acerca cada vez más a un plano divino: eternidad y omnipresencia; y le otorga una cualidad de objeto absoluto.

Las brisas limoneras
ruedan en el remanso de los ríos.
Y la iguana nostálgica de siglos
en los perfiles largos de su tiempo
fue, es, y será.

Casi al final del poema se presenta un punto medular en la propuesta del autor. Para Pellicer, por lo tanto, la naturaleza es la expresión de la divinidad y la divinidad misma. Para la cultura indígena siempre hubo un gran respeto hacia la naturaleza por considerarla sagrada, sentimiento que permanece en la actualidad. Por lo tanto, el constante regreso a la naturaleza es un valor divino que hay que procurar, a diferencia de otras religiones, como la concepción judeo-cristiana de la naturaleza donde ésta fue hecha para Adán, y por ello, el hombre occidental entra en posesión de ella manipulándola a su capricho, causa esta última de muchos problemas actuales con los ecosistemas.

El trópico entrañable
sostiene en carne viva la belleza

de Dios. La tierra, el agua, el aire, el fuego,
al Sur, al Norte, al Este, y al Oeste
concentran las semillas esenciales
el cielo de sorpresas
la desnudez intacta de las horas
y el ruido de las vastas soledades.

Continúan en estrofas posteriores las referencias a los
cuatro puntos cardinales, y se enriquecen con la asignación



de un elemento a cada rumbo. Así podemos inferir que la
divinidad, Dios, es todo el mundo, y la materia con las que
están hechas todas las cosas es toda la naturaleza. Al final
del poema se llega a la culminación de la propuesta del
autor: ésta es la completa unión con la naturaleza.

Entonces seré un grito, un solo grito claro
que dirija en mi voz las propias voces
y alcance de monte a monte
la voz del mar que arrastra las ciudades.
¡Oh trópico!
Y el grito de la noche que alerta el horizonte.

La propuesta de Carlos Pellicer en este poema es sencilla,
es el regreso a la naturaleza de la cual nos separó alguna
vez el conocimiento, la conciencia. Y de la misma manera
que Quetzalcóatl, al descubrirlo emprende el viaje de
regreso, nos exhorta a imitarlo. Esto no hay que
confundirlo con el supuesto vaticinio del regreso de
Quetzalcóatl, el cual en ningún texto indígena es
mencionado, pues esto implicaría una nueva separación del
mundo natural. El poema de *Esquemas para una oda
tropical*, no contiene pues meras descripciones exotistas de
la naturaleza como se ha llegado a pensar sobre toda la
obra poética del autor.

La vinculación que hace Pellicer de la naturaleza y
Quetzalcóatl es por un lado antagónica: conocimiento-
naturaleza, pero también es sinonímica, pues le confiere a
esta relación un carácter divino. La visión indígena del
mundo es inmanente, por ello el dios azteca tiene más una
relación de afinidad con la naturaleza que de oposición.
Desempeña una doble función que culmina con la
mediación de estos dos estados de conciencia. ▣

Juan Carlos Torres López (Ciudad de México, 1986). Mexicano, licenciado
en Letras Hispánicas y Maestro en Estudios Mesoamericanos por la Facultad de
Filosofía y Letras de la UNAM. Actualmente estudia el doctorado en Estudios
Mesoamericanos también en la UNAM. Es profesor de Literatura Universal y
de Lengua y Cultura Náhuatl por el Centro Cultural Tlatelolco. Ha realizado
publicaciones y diversas conferencias a nivel nacional.